

***PENTECOSTÉS, COMUNIDAD
LLEVADA POR EL ESPÍRITU***

***CUANDO EL IMPULSO DEL ESPÍRITU
IMPREGNA Y MOTIVA TODAS
LAS ÁREAS DE LA EXISTENCIA,
ENTONCES TAMBIÉN PENETRA Y
CONFIGURA LA VOCACIÓN
ESPECÍFICA DE CADA UNO.
(APARECIDA 285)***

PENTECOSTÉS, COMUNIDAD LLEVADA POR EL ESPÍRITU

INSEPARABLES COMPAÑEROS

Grecia tenía ciudades muy especiales como Atenas y Esparta. Me refiero a ésta última de la cual se decía que, a diferencia de las otras ciudades, no tenía murallas que la defendieran. Sus murallas, explicaba uno de sus reyes, Agesilao el Grande, eran solamente las virtudes de sus ciudadanos. Los espartanos eran todos luchadores, guerreros valientes que formaban ejércitos invencibles.

Entre todos estos guerreros había una práctica muy singular: A cada espartano luchador se le asignaba un compañero con el cual formaba una pareja para luchar juntos, para defenderse juntos, para darse ánimo en las campañas, para no dejarse vencer de ninguna manera. Cada uno para el otro era de verdad, un compañero.

No sé si Basilio de Cesarea, extraordinario padre de la Iglesia, cuya familia está toda ella en el calendario de los santos, desde su abuela Macrina, su papá y su mamá, sus hermanos Gregorio de Nisa y Pedro de Sabaste y su hermana Macrina, se haya inspirado en los espartanos o no.

Pero en su tratado sobre el Espíritu Santo, escrito en el año 374, a solicitud de su amigo y discípulo Anfiloquio, pero también para responder a algunos errores del momento, dice que “el Espíritu Santo es el inseparable compañero de Cristo”¹.

Esa formidable compañía la tuvo Jesús desde el primer instante de su vida la cual se puede considerar en dos etapas muy precisas.

La primera etapa es la de su vida terrena y de su misión cuando el Espíritu Santo se manifestó en forma clara, constante y fuerte, de lo cual nos damos cuenta especialmente por algunos eventos especiales, como fueron:

- 1.** Concebido por obra del Espíritu Santo. El nacimiento de Jesús por el Espíritu indica su ser singular y determina la capacidad universal de su misión.²
- 2.** Consagrado en el Jordán con el don del Espíritu Santo para iniciar su misión pública; que llevará a cabo con el poder del mismo Espíritu recibido.³
- 3.** En Nazareth proclama su vocación y misión profética sobre la base de que ha sido ungido en su humanidad por el Espíritu Santo. Gracias a esta unción, Jesús es llamado el Cristo.
- 4.** Su vida pública es orientada por el Espíritu que lo conduce al desierto.⁴

¹ Basilio de Cesaréa, Tratado sobre el Espíritu Santo, XVI 39 (SC 17). Citado por Madonia Nicoló, Cristo sempre vivo nello Spirito, Ed. Dehoniane di Bologna, 2005, p.11

² Ver, Madonia, o.c.p.24

³ Consagrado por el Espíritu, Jesús se mueve bajo su impulso; el evangelio de Lucas, que presenta al Espíritu también como una fuerza divina, dice que Jesús, lleno de Espíritu se alejó del Jordán y fue conducido por el Espíritu al desierto. (Lc 4,1) Ver, Madonia, o.c. p.25

⁴ Aunque Jesús actúe guiado y conducido por el Espíritu, sin embargo no pierde nunca su personalidad ni su autonomía; sus opciones por la obediencia y la disponibilidad permanecen como opciones libres y decisiones personales. Ver, Madonia, O.c.p.27

5. El mismo Espíritu está presente en su predicación, en su lucha contra los espíritus del mal, en la realización de sus milagros.

6. El Espíritu Santo, su inseparable compañero, está con él en sus momentos de profunda alegría o de profunda tristeza.

7. El mismo Espíritu lo guía hacia el cumplimiento pleno de la voluntad del Padre hasta cuando en la cruz encomienda su espíritu a este mismo Padre (Lc 23,46).⁵

La segunda etapa empieza con la Pascua cuando Jesús es glorificado, cuando se convierte en el eterno viviente; cuando habita corporalmente en él la plenitud de la divinidad (Col 2,9) cuando posee la plenitud del Espíritu pues lo recibe sin medida (Jn 3,34), cuando se convierte en el origen de una humanidad nueva y el primogénito de los que resucitan de los muertos y especialmente cuando, de receptor del Espíritu se convierte en dador del Espíritu.

Él es, desde este momento, Señor del Espíritu y el Espíritu expresa su docilidad amorosa al servicio de la misión de Cristo en el mundo.

No es que el Espíritu sea un instrumento en las manos de Cristo o del Padre sino que él tiene una misión suya, específica, diversa de la del Padre y del Hijo pero vivida y realizada en plena comunión con ellos y al servicio de la continuación de la misión de Cristo en el mundo.

El Espíritu tiene la exclusiva posesión de esa autopista que va de Dios a los hombres. O expresado en mejor forma, el Espíritu Santo es la autopista. Sin la autopista que es el Espíritu Santo, Dios no nos puede alcanzar ni nosotros podemos alcanzar a Dios. Nosotros quedamos encerrados en nosotros mismos y Dios queda “encerrado” en el esplendor de su divinidad.⁶

Jesús y el Espíritu siguen siendo inseparables compañeros al punto que Ireneo los llamará las dos manos del Padre. Cada mano tiene una misión. Hay dos misiones divinas: la del Hijo y la del Espíritu.⁷ Nuestro Papa Benedicto ha anotado que esa inseparable compañía resulta en que si se prescinde de Cristo, el Espíritu Santo no se experimenta más, pero también habría que decir al contrario: Si se prescinde del Espíritu Santo, Cristo no se experimenta más.⁸

UN COMPAÑERO NOS HA SIDO DADO.

Cuentan las crónicas de la evangelización del Canadá que en el año de 1648 (o marzo del 1649) un jesuita francés, el padre Juan Brebeuf fue apresado por los indios iroqueses cerca de la ciudad de Ontario. Estos indígenas habían lanzado su grito de guerra contra la tribu de los hurones a cuyo servicio estaba el padre Brebeuf y otros jesuitas.

⁵ Ver, Madonia, o.c. p.19

⁶ Mc Donnell, Kilian, *The Other Hand of God*, Liturgical Press Collegeville, Minnesota, 2003, p.229

⁷ Ver, Codina, Victor, *No Extingáis el Espíritu*, Ed. Sal Terrae, Santander, 2008, p.54

⁸ Dios Padre no llega a nosotros excepto que por el Hijo en el Espíritu Santo y nosotros no llegamos a Dios sino en el Espíritu y por el Hijo. Ver, Mac Donnell, o.c. p. 227

Las torturas y tormentos a que fue sometido el padre Juan fueron tan crueles y el valor demostrado en ellas fue tan grande que los indios comprendieron que estaban en presencia del mayor valiente que jamás hubiesen conocido.

Decidieron entonces con toda lógica, beber su sangre, abrir su pecho y repartir su corazón entre el grupo de guerreros, ya que se decían admirados: Si nos alimentamos de la carne de este valiente, seremos invadidos de su espíritu, su valor y su fuerza. (SR 14)

Los hechos de la muerte del misionero jesuita Juan Brebeuf son ciertos. Las conclusiones sacadas por los guerreros no lo sé. Pero no importa. El hecho verdadero es que cuando nos dejamos invadir por el espíritu de un valiente, adquirimos esa misma valentía.

Lo sabía Jesús. Por eso, Jesús el valiente nos ha comunicado al Espíritu que le daba valor. Ese compañero de Jesús que siempre está con él, Jesús mismo ha querido que esté con nosotros. “Un compañero nos ha sido dado” podemos decir ahora como en Navidad cantamos el misterio de la encarnación con las palabras: “Un niño nos ha sido dado”.

Jesús nos da su Espíritu, su inseparable compañero, y nosotros lo recibimos. Cada una de estas recepciones del Espíritu puede llamarse Pentecostés. El Pentecostés del Cenáculo es el paradigma de los otros infinitos Pentecostés que acontecen en el mundo y que empezaron cuando Jesús, con el poder de su resurrección, habiendo poseído el Espíritu como algo natural y propio, decide donarlo a los seres humanos, al mundo entero, empezando por sus discípulos y la Iglesia toda. Y nosotros, casi pareciéndonos a los irokesees del tiempo de Juan Brebeuf, lo recibimos porque es el Espíritu del valiente que con la entrega de su vida nos ha redimido y nos ha llenado de valor.

UN COMPAÑERO ARROLLADOR

Los compañeros se llaman así porque comparten la misma suerte, el mismo pan, el mismo viaje, la misma aventura. Me parece que cuando Noé hizo el arca, subieron otros compañeros para compartir con él, el mismo viaje. Empezaron a subir los animales al arca y a cierto punto el elefante se enfadó. No hay nada más peligroso que un elefante enfadado. El paquidermo en su enfado gritó: “No empujen”. Detrás de él venía una pulga. Uno puede exclamar: ¡Qué animal tan quisquilloso!.

Si quisiéramos sintetizar lo que es y hace ese compañero de viaje que Jesús nos ha dado y que se llama el Espíritu Santo, podemos usar la misma palabra usada por el elefante: Empujar.

Pero a diferencia del elefante, los empujones del Espíritu no nos enfurecen sino nos alegran con júbilo y sobre todo nos desafían en múltiples sentidos, porque él nos empuja en múltiples direcciones.

¿Qué quiere decir que él nos empuja? Quiere decir que él es una fuerza que irrumpe, una energía creativa, un motor que pone en movimiento, una fuente de vitalidad, un factor de comunicación, un constructor de unidad.⁹

⁹ En el caudal religioso cristiano que tiene raíces judías, existe una afirmación constante a través del espacio y del tiempo. Su homogeneidad es impresionante sean cuales fueren las fuentes que se tomen. Y es la siguiente: Dios

Es oportuno anotar que el Espíritu Santo es todo esto pero no sólo esto. El Espíritu Santo no puede ser entendido como una especie de energía o de fuerza a disposición del Padre o del Hijo que lo utilizan como deseen. El Espíritu Santo es ante todo una Persona. Él tiene una característica personal diversa de la persona del Hijo y del Padre. Pero esta persona que es el Espíritu tiene esa fuerza que hemos anotado.¹⁰

El Espíritu nos empuja en múltiples direcciones: hacia fuera, hacia todos, hacia adentro, hacia el fondo, hacia el lado, hacia atrás, hacia delante, hacia abajo y sobre todo hacia arriba. Permítanme decirles algo de estos singulares empujones que Aparecida llama irrupciones.¹¹

EMPUJÓN HACIA AFUERA

El primer empujón es hacia fuera. Es un empujón formidable. Es el empujón de Pentecostés.

Déjenme hablarles de una película. En inglés se llama “The dirty dozen”, los doce sucios, pero en español la titularon “Los doce del patíbulo”. Un general recibió la orden de realizar un operativo para liberar unos prisioneros de las cárceles nazis durante la segunda guerra mundial. El general se dio cuenta de que sólo había un diez por ciento de probabilidades de que el operativo tuviese éxito.

Para realizar el operativo, decidió formar un equipo muy especial. Fue a buscar la gente entre los soldados enviados a la cárcel por delitos muy graves. Escogió lo peor de lo peor. Eran doce, ya condenados al patíbulo. ¿Por qué ellos?

Primero, porque la pérdida de sus vidas a nadie le iba a importar.

Segundo, porque ciertas habilidades y talentos de dudosa reputación propios de estos soldados delincuentes, le podían servir para esta peligrosa misión.¹²

Todo esto parecía una auténtica locura.

No les cuento más de la película. Sólo quiero compararla con esos otros doce, que en otra auténtica locura, Jesús escogió para cumplir su misión, no menos peligrosa que la anterior. ¿Por qué ellos? ¿Por los mismos motivos que tuvo el general? No, por motivos casi contrarios a los de la película:

Primero, porque la vida de estos doce escogidos por Jesús sí le importaba a Dios.

Segundo, porque todos ellos carecían de los talentos necesarios para esta misión, de manera que si ésta tenía resultado positivo jamás iban a pensar que fue mérito de ellos mismos.

Después de los doce siguió escogiendo y empujando hacia fuera a muchos otros. “Sepárenme a Pablo y Bernabé para la misión que les he encomendado” (Hch 13,2), decía el Espíritu del Señor.

está presente y actúa en nuestras vidas a través de una fuerza que no violenta, a la que denominados Espíritu santo. Congar, Y. o.c. p.45

¹⁰ Es verdad que el Espíritu Santo aparece a veces en la Escritura y también en la experiencia cristiana más como una fuerza o un dinamismo que como una “persona”. Existe, pues, una especie de eclipse del Espíritu Santo detrás del fruto que procura. Se ha hablado de su kénosis. Sin embargo, nuestra fe fallaría si no confesará al Espíritu como una Persona al mismo nivel que el Padre y el Hijo” Congar, Yves, Sobre el Espíritu Santo, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2003, p.97

¹¹ D.A.150

¹² Ver, Bausch, William, The Word in and out of Season, Twenty Third publications, Mystic, 1998, p.286

Ahora, si escogió a estas personas tan carentes de talentos para esa misión, eso quiere decir que si me escoge a mí o a ustedes para una misión, no podemos decir no y disculparnos aduciendo que somos indignos o incapaces de la misión, que no tenemos talento, que somos muy jovencitos como decía Jeremías (Jer 1,6), o que somos tartamudos como decía Moisés (Ex 4,10), o que nuestro pasado de pecado nos inhabilita como pensaría Isaías (Is 6,5-7) o cosas por el estilo.

Más bien debemos proceder como Teresa del Niño Jesús la gran misionera: Colocándonos totalmente en las manos de Cristo y de su Espíritu. El Espíritu sabe empujarnos bien. Pentecostés es ante todo eso: El Espíritu Santo nos toca. Es todo lo contrario de lo que quería el apóstol Tomás: Para creer, Tomás quería tocar. También nosotros queremos tocar.

La religiosidad popular mantiene este deseo de tocar a Dios. Como dice bellamente Aparecida: “Nuestros pueblos se identifican particularmente con el Cristo sufriente, lo miran, lo besan o tocan sus pies lastimados como diciendo: Este es “el que me amó y se entregó por mí” (Gal 2,20)¹³

Pero no podemos tocar a Dios directamente. En cambio, Dios sí nos puede tocar a nosotros.¹⁴ Esto es el Espíritu Santo, Dios que nos toca.”¹⁵ Y nos toca de una manera decidida, nos empuja hacia fuera. Esto es Pentecostés. Es sentir su empujón hacia fuera; es descubrirnos en movimiento; nos sentimos llamados a una misión, nos descubrimos enviados, descubrimos que no somos autoprogramados, que nuestra vida no transcurre a nuestro modo.

Frank Sinatra cantaba la canción “A mi manera” y entusiasmaba a los oyentes de ayer y de hoy que sentían que podían hacer su vida a su manera, auto referenciada y auto programada. Ni Jeremías ni Pablo pudieron cantar esa canción. Ambos fueron prediseñados desde el vientre de la madre. Ambos fueron empujados por el Espíritu hacia fuera.

Nuestro Pentecostés es tomar conciencia de ser discípulos misioneros; es darnos cuenta de que ya no podemos quedarnos encerrados, que tenemos que salir, que el pequeño mundo en que vivimos nos queda muy estrecho, que tenemos que movernos hacia la otra orilla como nos pide Aparecida (D.A. 3,7), esa en la que Cristo no es reconocido como Dios y Señor y donde hay que encender el fuego de la fe por primera vez.

Este ser tocados por Dios se experimenta como fuego y como lengua.
El fuego es una bellísima metáfora y se refiere al amor.

Un hombre de treinta años es novio de una muchacha. Este novio habla con el hermano de su novia: Me comporto muy mal con tu hermana. Por eso he decidido dejarla. Pero qué puedo hacer, me ha sucedido algo terrible. Durante tres años amaba a tu hermana y era verdadero amor pero era amor a 36 grados y medio. Eso es razonable. Es la temperatura del cuerpo humano. Pero encontré a esa otra muchacha, y me dí cuenta de qué significa amar a treinta nueve grados y medio y tener fiebre.

¹³ D.A. 265

¹⁴ Cirilo de Alejandría anuncia que todo lo que el Espíritu toca, queda santo y transformado. Ver Mc Donnell, o.c. p.225

¹⁵ Ricca, Paolo, La Pentecoste e le Genti, en Autori Vari, Riempi di Spirito Santo, si misero a parlare in altre lingue, Ed. Dehoniane, Roma, 1995, p.55

Cuando el Espíritu Santo nos toca con el fuego del amor no va a importar si la temperatura es de treinta y seis grados y medio o de treinta y nueve. Es el fuego del amor de Dios que nos inunda, un fuego que supera toda temperatura y nos pone en movimiento de amor.

“Yo he venido a prender fuego en el mundo y cómo quisiera que ya estuviese ardiendo” (Lc 12,49) exclama Jesús que se refiere no al fuego del juicio predicho por el Bautista sino al fuego del Espíritu, don ofrecido por Jesús resucitado sin el cual ninguna misión es posible.

Francisco de Sales dice que este fuego del amor es necesario como es necesaria la pólvora en la escopeta, cuando se va de cacería. Si aparece el conejo y tengo una bala pero no tengo pólvora, puedo lanzar la bala con la mano. El conejo se muere pero de risa por las cosquillas y nada más. Se va muy tranquilo. Un apóstol sin el fuego del Espíritu tiene tanto resultado como esa cacería.

Este empujón del Espíritu en Pentecostés es experimentado como fuego. Pero también como lengua comprensible. El Espíritu Santo se hace entender en todas las lenguas y en todos los dialectos. Dios habla todas las lenguas y puede ser alabado en todas las lenguas. No existe la lengua de Dios, la lengua sagrada. Ninguna lengua es lengua de todos, lengua universal, sólo la lengua del Espíritu. Esa la entendemos todos. Hay una comprensión sin necesidad de traducción al punto que muchas veces ni encontramos las palabras en nuestra lengua para expresar lo que el Espíritu nos quiere decir y que hemos comprendido.

Aunque supiese todas las lenguas del mundo, si no sé hablar ésta no sirvo para nada nos recuerda Pablo. Sin esta lengua del amor no puedo cumplir la misión encomendada pues ésta no es un movimiento de conquista, de negocios, de turismo, o de diversión, es un movimiento de amor más allá de las fronteras de la fe para anunciar el amor de Dios y favorecer su vivencia en comunidad. Por eso, es necesario pasar al segundo empujón.

EMPUJÓN HACIA TODOS

Un catequista se dio cuenta de que sus niños estaban muy cansados y decidió hacer un juego. De inmediato invitó a los niños a ubicarse. Los que se consideren gigantes vayan a la esquina de la derecha. Los que se consideren enanos vayan a la esquina de la izquierda. Los que se consideren magos vayan cerca de la puerta. Todos salieron corriendo menos una niña que se quedó inmóvil en su sitio. El catequista la miró y la niña le preguntó: Y los que nos consideramos sirenas, ¿dónde nos ubicamos?

La pregunta puso al catequista en aprietos. O excluía a la niña del juego o se inventaba la manera de que en el mismo hubiese campo también para una sirena.

El Espíritu Santo optaría por lo segundo. Él no excluye a nadie. Al contrario, quiere llegar a todos sin excepción.

En Pentecostés, el Espíritu Santo se presentó como un viento que sopla fuertemente.

El viento es una bellísima metáfora de la libertad. El viento sopla donde quiere y no se puede encerrar en ningún organismo, en ninguna institución, en ningún sistema, en ningún espacio.

De manera que ser tocados por el Espíritu quiere decir ser tocados por la libertad. El Espíritu nos da la libertad para amar sin límites, para movernos más allá de toda frontera, para entrar en contacto humano y en diálogo con todos los pueblos, con todas las culturas y todas las religiones.

Cada pueblo, cada religión y cada cultura tienen una verdad que manifestar. San Ambrosio aprendió en su tiempo y le enseñó a Santo Tomás que toda verdad, cualquiera ella sea, venga de donde viniere, es fruto del Espíritu Santo. El encuentro con quienes no son de nuestro grupo, de nuestra cultura, de nuestra religión, nos puede enriquecer.¹⁶

Lo anterior quiere decir que el Espíritu Santo ofrece su inspiración más allá de las fronteras cristianas y de las fronteras religiosas. Así como inspira lo mejor de las diferentes tradiciones religiosas también inspira la poesía, el arte, la música y el drama. Claro está que la inspiración de la Sagrada Escritura ocupa un puesto especial¹⁷ entre las obras del Espíritu.¹⁸

El Espíritu Santo nos hace libres para acercarnos a todas las verdades, como dice Aparecida (D.A 377), y para responder a la misión desde nuestra libertad.

Todos vieron a un hombre cuando saltó de un puente al río caudaloso donde un niño se estaba ahogando. Lo sacó del agua pero al salir del río inmediatamente preguntó disgustado: ¿Quién fue el que me empujó? Su salto no fue libre. Lo empujaron sin que él accediera a ser empujado.

El espíritu nos empuja pero respeta la libertad para acceder o no, a dejarnos empujar.

La imagen del viento va unida a la imagen del soplo (Ruah). En el libro del Génesis, 2,7 se nos da a entender que este soplo de Dios se da a todos, es universal, así que cada ser humano tiene la capacidad de recibir el Espíritu que lo hace discípulo y misionero, enviado de Dios. (Rom 8,15).

¹⁶ Anota Congar: “En la época medieval se citaban a menudo estas palabras del Ambrosiaster: *Omne verum, a quocumque dicitur, a Spirito sancto est*”. Toda verdad, venga de donde venga, es del Espíritu Santo. Tratándose de las religiones, no vamos a atribuir al Espíritu Santo los errores que contengan, las tentaciones de idolatría o sencillamente de sincretismo. Pero no tenemos el más mínimo inconveniente, incluso es una necesidad para nosotros, de reconocer que el Espíritu santo actúa no sólo en la oración de los fieles de tales religiones, sino también en el mensaje, por complejo y ambiguo que sea, de los iniciadores o animadores de dichas religiones. Es verdad que algunos cristianos se opusieron a ello, no sólo confesando su fe hasta la muerte cuando se vieron acorralados, sino también rechazando los cultos falsos y ambiguos y destruyendo los ídolos. En el pasado, y todavía era muy claro en el siglo XVI, se llevaba hasta el extremo la distinción y la oposición, queriendo atraer al otro hacia sí. Esto se hacía por amor a la verdad, pero ésta se veía desde una perspectiva monolítica, como si estuviera toda entera de nuestra parte. Hoy sabemos que está dispersa y que también habita en los otros.. También en nombre del mismo amor a la verdad, aunque aplicado de otro modo, profesamos el ecumenismo, la libertad religiosa y el respeto a las religiones.” Congar, Y, o.c. p66-67

¹⁷ Ver, Goergen, Donald, *Fire of Love, encountering the Holy Spirit*, Paulist Press, New York, 2006, p.80

¹⁸ Se decía un tiempo que ese encuentro con pueblos y culturas servía para conocer sus valores, para purificarlos de lo negativo y para consolidar lo positivo pero se hacía referencia sólo a los demás. En cambio, ese encuentro con todos, nos afecta a todos.

Gracias al Espíritu Santo, podemos conocernos, purificarnos, consolidarnos, trascendernos mutuamente¹⁸, para anunciar el evangelio que nunca está encadenado.(2 Cor 3,17).

Viento y sopro van unidos y los dos indican la fuerza de vida, la vitalidad, la energía que nos pone en movimiento hacia todos. Recibirán el Espíritu santo y serán mis testigos en Judea, en Galilea, en Samaria y hasta los confines de la tierra. (Hch 1,8)¹⁹

EMPUJÓN HACIA ADETRON

A la inauguración de una catedral italiana fueron invitados todos los que habían colaborado en la construcción. Fueron entrando poco a poco. Marina, una niña muy pequeña, también estaba por entrar cuando la detuvieron. Tú eres muy pequeña, ¿qué haces aquí? Ella respondió orgullosa: “ Estoy invitada. Yo ayudé a construir esta catedral. Mi abuelo trabajó como carpintero y yo le traía todos los días el almuerzo”. Con esa explicación entró de inmediato con todos los honores.

El tercer empujón es hacia adentro, hacia la comunidad, hacia la Iglesia. Es un empujón que nos da el Espíritu sea comunitariamente como aconteció en Aparecida, sea individualmente, como podemos constatar en la vida de cada uno.

Déjenme evocar la figura de un muchacho llamado Eutico que a diferencia de Marina no estaba haciendo mucho esfuerzo por entrar en el lugar de la liturgia. Dice el libro de los Hechos:

“Nos hallábamos reunidos en un cuarto del piso alto, donde había muchas lámparas encendidas; ⁹y un joven que se llamaba Eutico estaba sentado en la ventana. Como Pablo habló por largo tiempo, le entró sueño al muchacho, que al fin, profundamente dormido, cayó desde el tercer piso; y lo levantaron muerto.” (Hechos 20,8-10)

Eutico no estaba ni adentro ni afuera. Se había quedado al borde, algo así como sentado en la baranda. De esa manera, él podía entrar si quería o también irse si se aburría. No se decidía a ser parte plena de la comunidad ni tampoco a alejarse de ella. Estaba indeciso como tanto muchacho hoy frente a la Iglesia. ¿La amo o no la amo? ¿Me uno a ella o estoy al margen? Solamente le coqueteo o me le declaro definitivamente? El caso es que a Eutico el indeciso le agarró el sueño y se cayó. Pero no se cayó hacia la comunidad, hacia dentro, sino hacia fuera, desde el tercer piso hasta el pavimento del primero. Quedó muerto. Afortunadamente, ahí estaba Pablo.

Entonces Pablo bajó, se tendió sobre el muchacho y lo abrazó. Y dijo a los hermanos:—No se asusten; está vivo.” (Hch 20,10).

¹⁹ La conocida historia de Cornelio (Hch 10, 1- 48), el primero de los gentiles convertidos, es para Pedro una de las más significativas experiencias de aprendizaje y fundamental para el futuro de la iglesia. Pedro aprendió que el Espíritu no necesariamente respeta todas las barreras construidas por los hombres para dividir el género humano. Dios llama a todos los de buena voluntad.

“Todavía estaba hablando Pedro, cuando el Espíritu Santo vino sobre todos los que escuchaban su mensaje. ⁴⁵Y los creyentes procedentes del judaísmo que habían llegado con Pedro, se quedaron admirados de que el Espíritu Santo fuera dado también a los que no eran judíos, ⁴⁶pues los oían hablar en lenguas extrañas y alabar a Dios.

⁴⁷Entonces Pedro dijo:

—¿Acaso puede impedirse que sean bautizadas estas personas, que han recibido el Espíritu Santo igual que nosotros?

⁴⁸Y mandó que fueran bautizados en el nombre de Jesucristo.” (Hch 10,44-48)

Cuando regresó a Jerusalén y tuvo que defenderse, Pedro declaró: “Cuando comencé a hablarles, el Espíritu Santo vino sobre ellos de igual manera que al principio vino sobre nosotros” (Hch 11, 15) Fue el Pentecostés de los gentiles.

Ustedes pueden inferir que Eutico dejó de quedarse al margen y se integró a la comunidad plenamente, tanto más que este muchacho de ahora en adelante sería, en medio de la comunidad, un signo de la bondad y de la potencia de Dios manifestadas por medio de Pablo.

El Espíritu utiliza caminos que aparentemente nos parecen absurdos, que son incomprensibles en un primer momento, que no se enmarcan en nuestra lógica estrecha y en nuestra mirada demasiado corta, para llamarnos e integrarnos en la comunidad cristiana. De ello dan testimonio miles de convertidos empezando por los que estaban en el lugar el día de Pentecostés.

Aquellos que se encontraban en el lugar fueron llenos del Espíritu Santo. Pedro dirá que se cumplió la profecía de Joel el cual dice: “Derramaré mi Espíritu sobre toda carne” (Joel 3,1-2)

Algunos traducen estas palabras así: “Enviaré mi Espíritu sobre toda carne”. Pero no es “enviaré” sino “derramaré” y no un derramarse como la leche sobre el mantel al desayuno sino como un torrencial aguacero amazónico. Quienes hemos vivido en la región amazónica hemos experimentado esos aguaceros que caen de manera intempestiva, con una abundancia tal que en pocos segundos uno queda empapado hasta los huesos. Así es ese derramarse del Espíritu.

Ese derramarse tan abundante del Espíritu tiene el efecto inmediato de empujarnos hacia la unidad con Jesús y en Jesús con los demás, de manera que con él y en él se forma una comunidad nueva, la Iglesia sin fronteras. Pentecostés es un nuevo inicio, una creación nueva, una forma nueva de presencia de Cristo, presencia nueva que llamamos la Iglesia.²⁰

Esta unidad no es simplemente exterior, ni de tipo puramente jurídico u organizativo, ni de tipo programático sino primero que todo es una unidad interior, una unidad en el amor y en la misión.

A San Agustín no le gustaba mucho el nombre de Espíritu Santo. Él buscaba otro nombre que reflejara mejor la realidad de esta divina persona. Y encontró el nombre: El amor. Se llama Amor a esa realidad divina que no sólo es el vínculo de unión entre el Padre amante y el Hijo amado, sino que es el alma de la comunidad eclesial la cual a su vez es signo de la misión de la Trinidad en la historia.

El espíritu Santo no es un signo del amor, de la unidad, de la comunidad. Eso sería un error muy tonto, nos advierte Santo Tomás de Aquino.²¹ Un signo es por ejemplo, el anillo en la comunidad matrimonial. Es signo de amor y de unidad, de fidelidad, pero el anillo no es el amor.

Una muchacha le preguntaba a su mejor amiga:

-¿Verdad que rompiste tu noviazgo con Roberto?

-Sí, porque mis sentimientos hacia Roberto cambiaron totalmente.

-¿Entonces, le vas a devolver el anillo de oro que te dio?

-No, porque mis sentimientos hacia el anillo no han cambiado nada.

²⁰ Ver, Madonia, o.c. p. 85

²¹ Ver, Tomás de Aquino, ST, 1,37,2

El Espíritu Santo no es signo sino el alma y el artífice de esta comunidad llamada Iglesia a la cual nos empuja y en la cual nos integra.²²

La integración de cada uno de nosotros en la comunidad cristiana empieza con la fe y el bautismo.

Por la fe, actitud interior del creyente movido por el Espíritu que nos es donado, acogemos el kerygma con esas cuatro “S” que se refieren a Cristo: Signo vivo del amor de Dios, Salvador, Señor y Santificador. (1 Co 15,10)

La Palabra y el Espíritu van muy unidos. Simeón el Nuevo teólogo decía que la Palabra es como una puerta cerrada con llave. Si queremos entrar por esa puerta necesitamos de la llave, porque no es elegante tumbar la puerta. El Espíritu Santo es la llave. Él nos abre a la comprensión de la Palabra y entonces podemos tomar conciencia de ese amor que en Cristo se manifiesta y de esa vida que nos comunica.

La imagen de la puerta y la llave está muy relacionada con la otra imagen del maestro interior y el maestro exterior.

A un hombre le clavaron una flecha en un costado. Fue donde el médico el cual vio la flecha, la partió a nivel de la piel y le cobró 50 dólares. Un momento, usted me cobra pero la flecha está todavía adentro. Sí, porque yo soy especialista en medicina exterior, ahora debe ir donde un médico especialista en medicina interior, para que le extraiga el resto de la flecha.

San Agustín habla del maestro exterior que nos ofrece la Palabra. Pero esta palabra llega sólo como un sonido no como lo que es, Palabra de Dios. Para que la acojamos como Palabra de Dios se requiere la acción del maestro interior, el Espíritu Santo.

Junto con la fe que brota en nosotros por la acción de la Palabra kerygmática y del Espíritu, está el bautismo.

El bautismo perfecciona la fe. En él, recibimos de Cristo y en la Iglesia, nuestra identidad de discípulos misioneros que alimentamos con el pan de vida y los demás sacramentos.²³

Juan no duda en hablar del bautismo como de un nuevo nacimiento: “Nadie puede entrar en el Reino de Dios si no ha nacido del agua y del Espíritu Santo” y Pablo advierte: “El que no tiene el Espíritu de Cristo no es de Cristo” (Rom 8,9) y nos dice: a todos se nos dio a beber de ese mismo Espíritu.” (1 Cor 12,13).

Ojalá experimentemos esa sed que nos mueve a seguir bebiendo de ese mismo Espíritu.

²² De hecho, en su propia identidad, la Iglesia es signo de la misión de la Trinidad en la historia, no de manera extrínseca, como sería un signo de la dirección del tráfico, sino de una manera intrínseca, significando el Reino de Dios venidero con su mismo ser. Esta identidad de la iglesia es ya su misión.

²³ Del Nuevo testamento aparece muy claro que en el bautismo recibimos el empujón hacia fuera, hacia la misión y el empujón hacia adentro, hacia la Iglesia y por ello estamos llamados a mostrar los frutos, según especifica San Pablo:

“Lo que el Espíritu produce es amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio.” (Gal 5,22)

Un profesor le decía a la mamá de un alumno: “Su hijo tiene una sed enorme de sabiduría.” La mamá aclaraba el asunto: “La sabiduría la tomó de mí, la sed la tomó del papá.”

Nuestra sed no esa a que alude la mamá y a la que hacía alusión alguno de los que observaban a los apóstoles el día de Pentecostés y concluían diciendo que estaban borrachos. Nuestra sed es del Espíritu y ojalá lo sigamos bebiendo, que penetre todo nuestro ser y nos transforme.

Empujón hacia adentro. Aparecida reconoce ese empujón hacia la unidad eclesial, hacia la comunión, desde sus primeras páginas. Por eso, el documento empieza diciendo: “Con la luz del Señor resucitado y con la fuerza del Espíritu Santo, los Obispos de América nos reunimos en Aparecida, Brasil...en comunión con todas las iglesias particulares presentes en América. (D.A. 1)

EMPUJÓN HACIA EL FONDO

San Francisco de Sales en su ingenioso libro llamado la Filotea o Introducción a la vida devota, cuenta que en una región llamada Paflagonia, existían perdices que tenían dos corazones. Luego, él saca sus conclusiones espirituales sobre el corazón tolerante consigo mismo y el corazón exigente, intolerante, con los demás.

Pero, el caso es que también Santa Teresa, en otro sentido, habla de los dos corazones. Uno el corazón del cuerpo y otro el corazón del alma o centro del alma.²⁴ Ese corazón o centro es como el lugar del encuentro más íntimo y denso del ser humano con Dios. Esa presencia de Dios en el fondo del alma le da a ella y a todo cristiano esa seguridad, serenidad y tranquilidad en medio de todos los problemas cotidianos a veces graves. Gregorio Magno describía esta situación diciendo: “En medio del tumulto de las preocupaciones externas, internamente reina una calma pacífica en el amor”²⁵

Cuanto Teresa llama corazón del alma, Pablo lo llama espíritu (con minúscula). “Que Dios mismo, el Dios de paz, los haga a ustedes perfectamente santos, y les conserve todo su ser, espíritu, alma y cuerpo, sin defecto alguno, para la venida de nuestro Señor Jesucristo. (1 Tes 5,23 Ver, Rom 1,9; 8,16)

En la historia de la espiritualidad aparecen muchísimos nombres para esta misma realidad, desde el corazón del alma de Teresa hasta la cueva del alma del Upanishad, desde el medio silencioso del maestro Eckart hasta los más íntimo del alma de su discípulo Taulero, desde el punto sereno del gran misionero Henry Le Saux (Abhishiktananda) hasta lo más íntimo de mi íntimo de Agustín.²⁶ Juan Pablo II habla del espíritu creado frente al Espíritu increado.²⁷

Este lugar maravilloso, esta sede de habitación de Dios dentro de mí y la conciencia de la misma es un aspecto esencial de todas las espiritualidades, especialmente misioneras.

Una espiritualidad misionera está abierta a las espiritualidades de los demás, entra en comunión con ellas, no tanto en la superficialidad de las diversidades culturales cuanto en la profundidad de las almas, en ese fondo donde está presente el único y mismo Espíritu de Dios.

²⁴ Ver, Teresa de Jesús, Castillo Interior, IV.2.5

²⁵ Gregorio Magno, Moralejas sobre el Amor.

²⁶ Para las referencias sobre estos autores, puede verse: Goergen, Donald, Fire of Love, Paulist Press, New Cork, 2006, pp.6-11

²⁷ Juan Pablo II, Spiritum et Vivificantem, N.52

Sin embargo, esta realidad del corazón del alma ha sido poco considerada. Dado que nuestro mundo es supremamente funcional y cada uno se identifica con su función, (yo soy un maestro, yo soy un médico, yo soy un esposo, yo soy un diácono, etc) deja en la sombra cuanto es más que función, cuanto es ser en profundidad.

Desarrollar nuestra función es importante. Si no funcionamos bien, nos pueden dejar al margen por considerarnos incapaces. Si yo soy cirujano pero no sé operar bien, me echan del hospital. Por eso, cada día buscamos de perfeccionarnos en la función que debemos desempeñar. Pero construir nuestro yo, nuestra persona, simplemente sobre ese yo funcional, es tan peligroso como, según advierte el evangelio, construir la casa sobre la pura arena. Vienen los vientos y las tempestades la tumban.

Y es precisamente por eso, que el Espíritu Santo nos da un empujón hacia el fondo, hacia ese otro yo profundo, hacia ese corazón del alma, para que lo cultivemos porque es allí donde el Espíritu mismo gusta poner su morada y donde experimentamos el encuentro bello y alegre con el Dios vivo revelado en Jesucristo.²⁸

El Padre Congar recuerda cuanto le contó uno de sus amigos. “Cuando era estudiante no era bautizado ni tenía educación religiosa. Se hizo amigo de una joven que también era estudiante. Él le pidió ir más lejos en su intimidad. Ella se negó. ¿Por qué? “Es que soy cristiana...” “Entonces comprendí que ella estaba habitada...” Sí, estamos habitados. Ya lo dijeron Jesús y San Pablo. Los teólogos lo explican. Los fieles lo viven. Conocemos la confesión de san Agustín en su alabanza del Dios de la gracia: “Tú estabas dentro y yo fuera”.²⁹

Esta dimensión debe ser recuperada profundizando en esta bella realidad de la presencia del Espíritu Santo en nosotros, allí donde de manera estable, segura y ajena a las tempestades más superficiales, descubrimos la belleza y la alegría de ser cristianos, como bien dice Aparecida. (D.A.14)

EMPUJÓN HACIA EL LADO

Cuando era muy joven, antes de entrar al seminario, me gustaba mucho ir a las carreras de caballos. Podía observar que cada caballo llevaba un paraojos. Se trataba de un cartón u otro elemento que se colocaba a lado y lado de los ojos para que el animal no pudiese ver a su lado sino sólo hacia delante, hacia la meta que debía conquistar.

Mientras se trate de un caballo de carreras, se puede justificar el paraojos, pero no si se trata de un ser humano. Sin embargo, más de una persona se ha colocado el paraojos para no ver a su lado sino sólo hacia el frente, hacia su meta y nada más.

Creo que éste fue el problema de Epulón frente al pobre Lázaro. No consta que Epulón haya hecho algún daño a Lázaro. Sencillamente, Epulón miraba hacia delante, hacia ser cada vez más pudiente sin mirar al lado y descubrir a Epulón. Su egoísmo era un paraojos que le impedía cualquier actitud de solidaridad. Cuando perdió el paraojos ya era muy tarde.

²⁸ “Cada uno de nosotros puede realizar la relación yo-tu no sólo horizontalmente con un compañero humano, sino también verticalmente, con ese compañero que está infinitamente por encima de nosotros pero que a la vez nos es más íntimo que nuestro yo profundo.” Congar, Y., o.c. p73

²⁹ Congar, Y. o.c. p.72

Ese mismo paraojos lo tenían los fariseos en relación con los samaritanos y con los excluidos de la sociedad, quienes era un elevado porcentaje. América latina y El caribe no es el continente más pobre del planeta. Lo es África. Pero nuestro continente es el que más usa los paraojos, y por tanto el continente con más inequidad en el planeta.

Eso significa que adolecemos de un cáncer que debemos frenar cuanto antes y que se llama exclusión. El bienestar de Suiza y la pobreza de África están presentes en nuestro continente porque, especialmente en el mundo del bienestar, cada uno usa su paraojos.

¿Cómo se puede frenar la exclusión, la inequidad y la insolidaridad?

El Espíritu Santo tiene como una de sus tareas especiales quitarnos todo paraojos para que en nosotros se disipe toda ceguera y se despierte la solidaridad con quienes están a nuestro lado. Esta función del Espíritu ya se anotó hablando del empujón hacia adentro, pero sucede que la solidaridad va más allá de las fronteras de la Iglesia hacia la sociedad toda.

Esta función del Espíritu era presentada por Jesús en forma solemne y dramática cuando en la sinagoga declaró usando las palabras de Isaías:

“El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque me ha consagrado
para llevar la buena noticia a los pobres;
me ha enviado a anunciar libertad a los presos
y dar vista a los ciegos;
a poner en libertad a los oprimidos;
a anunciar el año favorable del Señor.”

Luego Jesús cerró el libro, lo dio al ayudante de la sinagoga y se sentó. Todos los que estaban allí tenían la vista fija en él.²¹ Él comenzó a hablar, diciendo:

—Hoy mismo se ha cumplido la Escritura que ustedes acaban de oír. Todos hablaban bien de Jesús y estaban admirados de las cosas tan bellas que decía.” (Lc 4, 18,22).

Pero sucede que a pesar de la admiración, muchos de los oyentes tenían paraojos y no se daban cuenta ni de las necesidades de quienes estaban a su lado ni mucho menos de la acción de Dios en los otros pueblos. De manera que de la admiración pasaron al rechazo cuando Jesús les pidió una visión más universal, una solidaridad más amplia, una teología más planetaria, que les permitiese descubrir la acción de Dios más allá de las fronteras de Israel como bien lo expresa el evangelio de Lucas (4,25-29).³⁰

El Espíritu Santo, amor que brota del Padre y del Hijo, se traduce en la historia como solidaridad.

³⁰ Verdaderamente, había muchas viudas en Israel en tiempos del profeta Elías, cuando no llovió durante tres años y medio y hubo mucha hambre en todo el país; pero Elías no fue enviado a ninguna de las viudas israelitas, sino a una de Sarepta, cerca de la ciudad de Sidón. También había en Israel muchos enfermos de lepra en tiempos del profeta Eliseo, pero no fue sanado ninguno de ellos, sino Naamán, que era de Siria. Al oír esto, todos los que estaban en la sinagoga se enojaron mucho. Se levantaron y echaron del pueblo a Jesús, llevándolo a lo alto del monte sobre el cual el pueblo estaba construido, para arrojarlo abajo desde allí.” (Lc 4,25-29)

El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu que nos ha sido dado. Ese amor, sin embargo, llega a un corazón que puede ser una concha o un canal.

Si es una concha, deja ese amor encerrado en sí mismo lo cual es lamentable porque, como las aguas del mar muerto que no tienen salida, se va diluyendo y dañando.

Si es un canal, ese amor pasa hacia los demás convertido en solidaridad³¹ sin fronteras, sin exclusiones, sin racismos, sin xenofobias, sin colonizaciones, sin prepotencias.³²

Pentecostés fue ese momento en que el Espíritu Santo provocó una eclosión de vida fraterna y solidaria entre los cristianos. Todos los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma y poseían todas las cosas en común. (Hch 4,32) Entre ellos no había quien pasase necesidad precisamente por esa solidaridad espiritual, fruto del Espíritu Santo.

Sin solidaridad, el cristiano cojea. Una persona cojea cuando le falla una de las dos piernas o una de las dos es más corta que la otra. Y aquí no vale la ley de la compensación según la cual si una pierna es más corta se compensa con la otra que es más larga. Tampoco vale en la vida del espíritu. En la vida espiritual cojeamos cuando nos falla uno de los dos amores, o el amor a Dios o el amor de solidaridad al necesitado. El Espíritu Santo hace que a la vez amemos a Dios y amemos al prójimo, que tengamos el contacto con los dos, en el ritmo y equilibrio dictados por el evangelio.^{33 34}

El Espíritu Santo, Espíritu de solidaridad, es reconocido en nuestras oraciones cuando lo invocamos diciendo: “Ven Espíritu Santo, ven padre de los pobres, ven luz de las mentes.”

EMPUJÓN HACIA ATRÁS

³¹ Ver, Álvarez Patxi, Comunidades de Solidaridad, Ed. Mensajero, Bilbao 2002.

³² La solidaridad se parece a una mesa con cuatro patas que la sostienen.

La primera pata es la dimensión personal que implica la primacía del otro, especialmente del necesitado. De esta pata es una bella enseñanza y descripción la parábola del Buen Samaritano.

La segunda es la dimensión ética. La solidaridad es algo que me obliga como ser humano. Hay dentro de mí un clamor que me mueve, que involucra todo mi ser y me pone en acción. La parábola del juicio final ilustra esta dimensión de la solidaridad.

La tercera es la dimensión de la cultura. Más allá de la virtud personal se requiere una actitud social que estructure las relaciones sociales en sentido solidario. Es la cultura de la solidaridad que se estrella contra las culturas individualistas, consumistas y divisorias. La multiplicación de los panes es la imagen bíblica de esta dimensión cultural de la solidaridad.

La cuarta pata es la dimensión espiritual que pusimos de manifiesto en la vida de Jesús y en su testimonio en la sinagoga de nazareth, pero también la descubrimos en la comunidad cristiana.

³³ Benedicto XVI, Carta Encíclica Deus Caritas Est, N.18

³⁴ Quisiera recordar al respecto cuanto dice Benedicto XVI: “Si en mi vida falta completamente el contacto con Dios, podré ver en el prójimo solamente al otro, sin conseguir reconocer en él la imagen divina. Por el contrario, si en mi vida omito del todo la atención al otro, queriendo ser sólo piadoso y cumplir con mis deberes religiosos, se marchita también la relación con Dios. Será únicamente una relación correcta pero sin amor.” Solo mi disponibilidad para ayudar al prójimo, para manifestarle mi amor, me hace sensible también ante Dios.”³⁴

En mi país, como en tantos otros, los buses de servicio público tenían la entrada adelante, en la parte del conductor. La gente subía pero se quedaba en la parte delantera y obstruía el paso hacia la parte trasera del vehículo. Por eso, el conductor decía continuamente: “Muévanse hacia atrás”.

“Muévanse hacia atrás” es todo un empujón que no dan no sólo los conductores de esos buses sino también el Espíritu Santo. Él nos empuja hacia atrás, nos mueve a mirar hacia atrás, a ir hacia nuestro pasado y retomararlo.

Hoy parece extraño que se invite a volver al pasado, a pensar en las propias raíces, a entrar en contacto con quienes nos precedieron, a cultivar el sentido de nuestra propia historia.

Sin embargo, ello es fundamental para nuestra identidad apostólica, que quiere decir una identidad que se ha ido forjando desde los apóstoles. Y es fundamental para nuestra fe que debe estar acompañada no sólo de quienes conviven con nosotros hoy sino también de quienes desde el pasado nos siguen hablando con su santidad.

¿Por qué debemos mirar hacia atrás? Porque la iglesia viene de atrás, ella tiene una historia. San Gregorio Magno hablaba de la Iglesia que va desde el justo Abel hasta el último de los elegidos y San Agustín añade que todos, los de ayer, los de hoy y los de mañana, somos miembros del Cuerpo de Cristo.

El Cardenal Biffi decía³⁵ que cuando un niño o un joven educados cristianamente en su familia, son colocados en su institución educativa frente a frases que parecieran absolutamente ciertas sin serlo, lanzadas por algún profesor o autoridad o por un texto escolar, contra la historia de la Iglesia, y este niño o este joven empiezan a sentir vergüenza de la Iglesia, están en grave peligro de perder su fe.

Afortunado este niño que a su lado tiene al Espíritu Santo, su compañero inseparable para ayudarle a discernir esa respuesta.

Por este y otros motivos, Jesús habló que enviaría un Paráclito. La palabra paráclito significa alguien que ha sido llamado para estar al lado de otro. Su significado coincide con el de abogado que significa también llamado a favor de uno. En este caso, se llama abogado defensor.³⁶

El Espíritu Santo es el abogado defensor que está con nosotros cuando somos agredidos en nuestra fe, cuando se nos ofrecen falsedades contra Cristo o contra la Iglesia. Y esas falsedades nos las podemos engullir fácilmente cuando viniendo del pasado, nos son impuestas con aparente autoridad y como absoluta verdad.

Por eso, San Juan nos advierte cariñosamente:

³⁵ Ver, Prefacio al libro de Vittorio messori, Pensare la Storia, Ed. Paoline, Milano, 1992, p.11

³⁶ “Se podría decir que el paráclito es un modo de ser del Espíritu, en el momento en que defiende a los discípulos, les da fuerza para ser testigos y los ilumina para la comprensión de la verdad de la revelación.” Madonia, N. o.c. p.81

“Queridos hermanos, no crean ustedes a todos los que dicen estar inspirados por Dios, sino pónganlos a prueba, a ver si el espíritu que hay en ellos es de Dios o no. Porque el mundo está lleno de falsos profetas.” (1 Jn 4,1)

Ante tantos profetas falsos, no debemos asustarnos. Por eso, el Espíritu Santo nos da el don de fortaleza, de valentía, de parrhesia, para que saquemos la cara por Cristo y su Iglesia, todo lo contrario de quien se parece a una tortuga miedosa que ante cualquier ruido o presencia, esconde la cabeza, las patitas y la cola.³⁷

Juan añade que podemos conocer quién tiene el espíritu de verdad y quién tiene el espíritu de engaño. Esta posibilidad nos la da el abogado defensor, el Espíritu Santo.

El Espíritu Santo nos da su luz para discernir entre lo que es verdadero y lo que es falso. Por eso, el nos da el don de sabiduría. Sabiduría viene de sabor, no de saber. Es como un paladar especial que nos permite distinguir entre lo que es alimento sano y comida venenosa, entre lo verdadero y lo falso. No podemos comer de todo. No somos tiburones. Los niños muy pequeños se comen todo y las mamás deben estar muy atentas.

Una mamá tuvo que llevar al hijo de urgencia donde el médico. Doctor, se comió un pedazo de cable del televisor, un botón del televisor, un transistor del televisor, qué hago? Póngale antena, señora, porque ya tiene todo lo demás, dijo el médico. Cuando hemos hecho el camino de la iniciación cristiana, dejamos de ser niños que se comen todo.

Cuando Jesús preguntó: Qué dice la gente que soy yo? Le dijeron: Unos dicen que eres Juan Bautista, otros, que eres Elías, otros que eres Jeremías o uno de los profetas. Seguramente, también los apóstoles aceptaron esa aparente verdad. Pero Pedro, asistido por ese buen abogado llamado el Espíritu Santo, supo decir la verdad: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Y Jesús reconoció que esas palabras no brotaban de la carne y de la sangre de Pedro sino del Espíritu que lo asistía.

Empujón hacia atrás, para que entendamos nuestra historia, para que sepamos distinguir en ella lo realmente falso y lo que es verdad y para que con valentía despertemos en nosotros el sentido de apostolicidad que confesamos en el Credo cuando clamamos que creemos en una Iglesia apostólica.

Para ser prácticos, los invito a leer los libros espirituales de otras épocas que nos traen la historia de la vida de fe de las personas de ese entonces”.

Qué tal una lectura de “Las Confesiones” de San Agustín o de “La Historia de un alma” de Santa Teresita del Niño Jesús o de “La Filotea” de San Francisco de Sales, para citar unos pocos?

³⁷ “Al habitar un alma, el Espíritu le da la fuerza de la libertad. Hipólito (comienzos del siglo III) subraya que los discípulos traicionaron a Jesús antes de Pentecostés, pero después oraron y dieron testimonio con esa certidumbre intrépida que la escritura llama Parrhesia. Existe un vínculo profundo entre el Espíritu y el testimonio irradiante. Los hechos de los apóstoles lo ilustran. Y también entre el testimonio y la libertad cristiana. Evoquemos el episodio de las santas perpetua y felicidad cuyo relato original tenemos: un diario posiblemente acabado por tertuliano. Se quería que, antes de que los testigos de Jesús entraran en el anfiteatro, los hombres se disfrazaran de Saturno y las mujeres de sacerdotisas de Ceres. Pero se negaron. Y Perpetua declaró ante el tribuno: “Si estamos aquí es porque queremos conservar nuestra libertad. Ciertamente que lo pagamos con nuestra vida. Estos son los términos del contrato entre vosotros y nosotros”. Congar, Y. o.c. p.80-81

Todas estas experiencias de fe escritas en el pasado son un recurso valiosísimo para nosotros hoy. Estos escritos nos ofrecen ejemplos de santos creyentes que vivieron en las otras épocas y cómo ellos buscaron, conocieron y experimentaron la realidad de Dios.³⁸

La vida espiritual de las personas del pasado nos llega como una oleada de aire puro, como la apertura de un horizonte nuevo, como un mensaje del Espíritu del Señor que sopla no solo donde quiere sino cuando quiere, en todos los tiempos y, desde ellos, nos enriquece también hoy.

EMPUJÓN HACIA DELANTE

Recuerdo que cuando pequeño estaba aprendiendo a montar en bicicleta, mi papá me decía: “Mire hacia delante porque si no, se cae”.

Hay tres personas que en las situaciones más difíciles, miraron hacia delante y no se cayeron. De estas tres personas nos habla Benedicto XVI en su encíclica sobre la Esperanza.

La primera es la africana Josefina Bakhita canonizada por el Papa Juan Pablo II. Nació en Sudán aproximadamente en 1869. Cuando tenía nueve años fue secuestrada por traficantes de esclavos, golpeada y vendida cinco veces en los mercados de Sudán. Terminó como esclava al servicio de la madre y de la mujer de un general, donde cada día era azotada hasta sangrar; como consecuencia de ello le quedaron 144 cicatrices para el resto de su vida.

³⁸ Si nos limitamos a leer los libros de hoy, ellos nos dicen lo que ya sabemos o lo que nos gustaría escuchar. De esta manera, ellos refuerzan la miopía de la fe y el sentimiento de que somos lo mejor del mundo como personas de fe.

Juanita no podía leer lo que la profesora escribía en el tablero. Le parecía todo muy borroso.

Un día, Juanita recibió un par de anteojos después de ser revisada por un oftalmólogo. Juanita volvió a su colegio pero esta vez llevaba los anteojos.

Al regresar a la casa, la mamá le preguntó:

-Juanita, ¿cómo te fue en el colegio, hoy?

-Muy bien, mamá. Te cuento que la profesora mejoró muchísimo la letra.

Juanita era miope y no podía ver sino a muy corta distancia. Son problemas que le pasan a los ojos y la persona se queda corta de vista. A Dios gracias, los inventos llegan en nuestro auxilio y en este caso son muy bienvenidos los anteojos.

Pero sucede que no solamente los ojos pueden quedarse miopes. También nuestra fe cristiana puede quedarse de muy corta visión, puede ser una fe miope.

Entonces, nos preguntamos cuándo una fe es miope y cómo podemos hacer para que ella deje de ser miope y mire más de lejos.

Tu fe es miope cuando piensas que tu manera de vivir y de practicar la fe es la mejor del mundo. En este caso oras como el fariseo de la parábola: “Gracias Señor, porque yo no soy malo como los demás”.

No estoy diciendo que en el pasado lo hiciesen todo bien y que nosotros lo hacemos todo mal. En el pasado también se cometían errores y graves pero los errores eran diferentes a los de hoy. De manera que, sus éxitos en la vida cristiana nos pueden enseñar algo que acoger y sus errores nos pueden advertir algo que evitar.

Finalmente, fue comprada por un mercader italiano y terminó en Italia donde conoció a otro dueño que también había sido maltratado como ella y que la esperaba a la derecha del Padre: Jesús. Desde ese momento tuvo esperanza, no sólo la pequeña de tener dueños menos crueles sino la gran esperanza: yo soy definitivamente amada, suceda lo que suceda; este gran Amor me espera. Ella entendió lo que decía San Pablo de los que vivían sin esperanza porque estaban sin Dios. Ella se convirtió en apóstol de la esperanza, invitando a mirar hacia delante no solo en el tiempo sino en la vida eterna.

La segunda persona es el cardenal Nguyen Van Thuan quien estuvo trece años en la cárcel, en una situación de desesperación aparentemente total, el poder hablar con Dios fue una fuerza creciente de esperanza que le permitió después ser para los hombres de todo el mundo un testigo de la esperanza. La esperanza cristiana es siempre esperanza para los demás.

La tercera persona es el mártir vietnamita Pablo le-Bao-Thin (+1857) quien escribe una carta desde el infierno de su prisión en la que resalta la transformación del sufrimiento mediante la fuerza de la esperanza. “En medio de esta tempestad echo el ancla hasta el trono de Dios, esperanza viva de mi corazón”³⁹

Estas tres personas, en medio de su terrible sufrimiento recibieron la esperanza como don del Espíritu Santo para mirar hacia delante, lo cual les dio la posibilidad de no desanimarse, de no perder su fe, de no disminuir su capacidad de oración. Ellos tres, con sus vidas, nos enseñan que el Espíritu Santo sabe empujarnos hacia delante con el don de la esperanza para sacarnos del túnel de la desesperación, del sufrimiento o de la situación de víctima.

El deseo que Pablo manifestaba a los romanos se realizó plenamente en ellos:

“Que Dios, que da esperanza, los llene de alegría y paz a ustedes que tienen fe en él, y les dé abundante esperanza por el poder del Espíritu Santo.” (Rom 15,13)

Ellos fueron con sus vidas, como los profetas, predicadores de la esperanza. Pero no hablaron desde su propia visión o capricho sino desde el Espíritu Santo. Como dice el Credo Niceno, El Espíritu Santo habló por los profetas.⁴⁰

EMPUJÓN HACIA ABAJO

Cuando era obispo de la amazonia, alimentaba una especial sensibilidad por esos animalitos como las tortugas, los venados, los chigüiros, los armadillos, llamados en peligro de extinción.

³⁹ Breviario Romano, Oficio de lectura, 24 de noviembre.

⁴⁰ Los profetas, en efecto, se preocuparon por alimentar la esperanza de Israel, una esperanza a corto, a mediano y a largo plazo, siendo esta última la esperanza suprema de Dios.

Su misión los llevaba ayer y los lleva hoy, a descubrir y presentar con fuerza el contraste entre el mundo como es y el mundo como debe ser, según el plan de Dios.

Los cristianos ponemos nuestra confianza en Cristo, porque a través de Cristo llegamos al Padre. Pero llegamos a Cristo sólo en el poder del Espíritu Santo. Nuestro camino hacia Dios empieza viviendo en el Espíritu, con el don del Espíritu.

Durante la revolución francesa, cuando la guillotina funcionaba sin descanso, un hombre se encontró con otro y le preguntó: ¿Qué hace, hombre? El otro respondió: ¡Vivir!, ¿te parece poco? No era fácil estar vivo en esa época de terror.

Para muchos, esa época sigue todavía. Si un caimán se encuentra con un armadillo y le pregunta: ¿Qué hace, señor armadillo? El animalito daría hoy la misma respuesta de esos tiempos de revolución: ¡Vivir!, ¿te parece poco? Esa es la situación lamentable de tantos animales en peligro de extinción por la sed de matar y de negociar de los seres humanos.

Cuando entramos en contacto con el Cántico de las criaturas de Francisco de Asís, nos podemos dar cuenta de que él miraba hacia abajo, hacia cuanto había bajo sus pies, la creación, pero su mirada era espiritual, era enriquecida por la luz del Espíritu Santo.

“Loado seas por toda criatura, mi Señor
 Por la hermana agua preciosa en su candor
 Que es útil, casta, humilde, loado mi Señor.
 Y por la hermana tierra que es toda bendición,
 la hermana madre tierra , que da en toda ocasión
 las hierbas y los frutos y flores de color
 Y nos sustenta y rige: Loado mi Señor.”

Esa comunión entre el alma de Francisco y la tierra que lo sostiene es tarea toda ella del Espíritu Santo.

Pero sucede que hoy se ha desarrollado una ética agresiva frente a la naturaleza derivada de una voluntad de dominio ilimitada que lo mueve a apropiarse de la naturaleza, rompiendo todos los equilibrios, generando una inmensa destrucción de los seres vivos de la creación y alejándose totalmente del influjo del Espíritu Santo.

Necesitamos una vez más y con urgencia de ese empujón hacia abajo, dado por el Espíritu Santo, para poder darnos cuenta de que del mismo modo que la dignidad humana es la fuente de todos los derechos humanos, así también la dignidad de la creación lo es de todos los derechos de los animales, de las plantas y de la tierra entera.

Esta dimensión universal de la dignidad de la creación, ha llevado a los teólogos a incluirla dentro del tratado de la misionología.

EMPUJÓN HACIA ARRIBA

El último empujón debería ser en realidad el primero pero sucede que es un empujón que está presente en todos los demás. Es como se dice un empujón transversal. Me refiero al empujón hacia arriba, esto es, hacia la santidad.

Santa Teresa de Jesús decía: cuando en mi vida espiritual me dejaba arrastrar hacia abajo, todos querían ayudarme, pero cuando quería subir por el camino de la perfección, me dejaban totalmente sola.

Pues bien, un verdadero compañero nos empuja hacia las alturas de la santidad, nunca hacia el abismo de la perdición, y así es el Espíritu Santo.

Tal vez este empujón del Espíritu, experimentado como anhelo de santidad, lo sentía aquel muchacho que rezaba: “Señor, hazme santo y si no, al menos beato”.

No se trata de un empujón desde un lugar ajeno a nosotros mismos sino desde dentro de nosotros mismos. Es el empujón con que el Espíritu lanza por la ventana del alma al hombre viejo, para darle espacio y forma al hombre nuevo. (Col 3,10)

Se atribuye al venerable Olier el siguiente hecho. En la casa sacerdotal en que vivía y era formador, todos eran muy jóvenes. Solo el jardinero era anciano y además muy curioso. De hecho un día quiso escuchar cuanto el Padre Olier decía a los jóvenes sacerdotes reunidos en un salón. Puso el oído contra la puerta y escucho al Venerable que les decía: “Es necesario matar al hombre viejo”. El anciano que sabía que era el único viejo de la casa, angustiado salió corriendo para no volver por ahí.

El hombre viejo esta en todos nosotros. Más somos jóvenes, más lo tenemos. Pero el Espíritu santo como un artista formidable va logrando que en nosotros tome forma el hombre nuevo, creado a imagen de Cristo. Al fin de cuentas hemos sido predestinados a reproducir en nosotros la imagen del Señor por la acción del Espíritu Santo (2 Cor 3,16).

Este trabajo interior, que es un empuje hacia la santidad, nos lleva a considerar una imagen de nosotros mismos poco notada: Somos criaturas del Espíritu. Solemos decir que somos templo del Espíritu y es verdad. Pero el templo da la idea de algo acabado donde sólo falta que venga a habitar ese huésped que es el Espíritu Santo.

En cambio, ser criatura del Espíritu significa ser alguien a quien el Espíritu va dando vida, va dando forma, va puliendo, va haciendo crecer desde dentro.

Nuestro ser va adquiriendo una forma especial que nos es dada por el Espíritu Santo y esa plenitud de forma es cuanto constituye la belleza del ser humano y del cristiano trabajado, pulido por el Espíritu Santo.⁴¹

En el lenguaje antiguo no se hablaba de hermoso sino de formoso. Formoso viene de forma y de oso. Oso quiere decir lleno de. Por ejemplo, dichoso quiere decir lleno de dicha; precioso quiere decir lleno de valor; mocososo quiere decir lo que se están imaginando. Estar lleno de forma es para un cristiano tener la forma de Cristo. “En este sentido todo lo bello, lo grande y lo vivo que está en Cristo resucitado pasa a nosotros.”⁴²

El Espíritu Santo toma los rasgos típicos de Cristo y los pasa a nosotros transformándolos en impulso para obrar el bien, en propuesta viva, incisiva, en sintonía con nuestro ser pero que lo eleva, lo perfecciona, lo hace más confiado en Cristo, más decidido a seguirlo. De esta manera, nuestro yo profundo va tomando forma, la forma de Cristo. Dios nos ha predestinado

⁴¹ Anota el P. Congar: Hoy como siempre, y mucho más que en otras épocas, hay vidas que cambian por la acción del Espíritu. Oigamos lo que dice este proverbio musulmán. “Si te dicen que una montaña ha cambiado de sitio, créelo. Pero si te dicen que un hombre ha cambiado de carácter, ¡no se te ocurra creerlo! Es probable que el carácter se mantenga, porque siempre se reaccione conforme a lo que se es. Sin embargo, hay hombres y mujeres que toman otra dirección en su vida y adoptan normas diferentes de comportamiento porque ha irrumpido en ellos una fuerza y una inspiración que atribuyen al Espíritu Santo. Y se constatan en ellos las notas que San Pablo ya advertía: “Amor, alegría, paz, tolerancia, amabilidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio de sí mismo” (Gal 5,22) Uno de los rasgos más importantes de esta historia es la coherencia, aún más, la homogeneidad de los testimonios en medio de contextos extraordinariamente diferentes. Ver, Congar, Y. o.c.p.48

⁴² Vanni, Ugo, El Soplo del Espíritu, Ed. San Pablo, 2000, Bogotá, p.13

“a reproducir en nosotros la imagen de su Hijo” (Rom 8,28-29) El Espíritu hace realidad en nosotros, lo que es realidad en Cristo.⁴³

Orígenes tenía un papá llamado Leónidas. Cuando Leónidas llegaba a la casa por la noche, el hijo ya estaba dormido. Se acercaba, le destapaba el pecho y le daba un beso explicando que en ese pecho habitaba el Espíritu Santo. Pero no un Espíritu Santo perezoso o un Espíritu Santo en vacaciones. Ese pecho era como el taller de un artista, y tal es el Espíritu, que trabajaba incansablemente para dar a Orígenes la forma de Cristo. Y Orígenes llegará a ser gran catequista y gran teólogo y podrá decir: “El Espíritu actuando la santificación del hombre no hace otra cosa que lograr que alguien se parezca a Cristo, que esté hecho conforme a la imagen del Hijo y siempre más unido y cercano al Padre.”⁴⁴

Desde dentro, Él, como artista maravilloso, nos va trabajando para que en nosotros tome forma la figura de Cristo, la imagen de Jesús.

Se cuenta de una estatua cuyo escultor dejó a medio hacer. Se veía horrible. Un día, la estatua habló, no era para menos, y le dijo al escultor: “Termíname, para que no se rían ni de mí ni de ti”. Que bonita invocación que podemos dirigir nosotros cada día al Espíritu Santo.

Una profesora quiso hablar de Jesús a sus alumnos. No dijo el nombre. Solamente empezó diciendo que iba a hablar de un hombre muy bueno, muy unido a Dios, defensor de los pobres, que daba siempre aliento a los enfermos, servidor de todos. Un niño levantó la mano para hablar. La maestra le dio la oportunidad de que adivinara. Él respondió: “es don Armando y vive en mi barrio”.

Qué lindo que una persona refleje la imagen de Cristo en su vida y sea confundida con Jesús.

Hay en la liturgia una palabra muy bella: epiclesis. Se trata de la invocación que se dirige al Espíritu Santo para que Él haga ese trabajo de dar forma nueva al pan en la eucaristía y al ser humano en la vida cristiana.

La epiclesis es en primer lugar el acto trascendental del Padre que envía el Espíritu para que transforme los dones del pan y del vino en el cuerpo y la sangre del Señor Jesús:

“Santifica estos dones con la efusión de tu Espíritu de manera que sean para nosotros Cuerpo y Sangre de Jesucristo nuestro Señor.” (P.E.II)

Pero al mismo tiempo, se espera que el Espíritu transforme a toda la comunidad en el cuerpo de Cristo. Como bien exclamaba San Agustín: ¡Te trasformas en eso que comes!

Esa santificación no solo de la comida sino de los comensales es de suma importancia porque , como bien decía, Juan Pablo II, el verdadero misionero es el santo.

No tengamos miedo de dejarnos empujar hacia arriba para que, con la fuerza y valentía que nos da el Espíritu y con la ayuda de María santificada por Él, seamos auténticos misioneros de la bondad de Dios manifestada en Cristo, a quien gozosos anunciamos y a quien inquietos busquemos hasta cuando no haya necesidad ni de metáforas ni de cuentos, ni de chistes, para comprenderlo, amarlo y alabarlo, por los siglos de los siglos. Amén.

⁴³ Mc Donnell, o.c. p.119

⁴⁴ Ver, Madonia, N. o.c. p.220

**HOJA GUÍA PARA LOS PARTICIPANTES
PENTECOSTÉS, COMUNIDAD LLEVADA POR EL ESPÍRITU**

1. INSEPARABLES COMPAÑEROS
2. UN COMPAÑERO NOS HA SIDO DADO
3. UN COMPAÑERO ARROLLADOR
4. EMPUJÓN HACIA FUERA
5. EMPUJÓN HACIA TODOS
6. EMPUJÓN HACIA ADENTRO
7. EMPUJÓN HACIA EL FONDO
8. EMPUJÓN HACIA EL LADO
9. EMPUJÓN HACIA ATRÁS
10. EMPUJÓN HACIA DELANTE
11. EMPUJÓN HACIA ABAJO
12. EMPUJÓN HACIA ARRIBA

HOJA GUÍA PARA OFRECER A LOS PARTICIPANTES (como alternativa a la anterior)

INSEPARABLES COMPAÑEROS

De Esparta a Basilio
El compañero de Jesús en dos etapas
Misión del Espíritu, ser autopista
Las dos manos del Padre.

UN COMPAÑERO NOS HA SIDO DADO

Juan el valiente
El Espíritu de Jesús en nosotros
Pentecostés, recepción del Espíritu.

UN COMPAÑERO ARROLLADOR

El empujón del Espíritu
Qué quiere decir que nos empuja
Las múltiples direcciones

EMPUJÓN HACIA FUERA

Los doce del patíbulo
Los otros doce y además nosotros.
Pentecostés: El Espíritu nos toca.
“A mi manera” o “prediseñados”
Conciencia de ser discípulos misioneros
El fuego del amor
La lengua del Espíritu, la lengua del amor.

EMPUJÓN HACIA TODOS

El insólito desafío de una sirena
El viento, metáfora de la libertad para moverse.
La verdad, fruto del Espíritu
Libres para acercarnos a todas las verdades.
Viento y sopo van unidos

EMPUJÓN HACIA ADENTRO

“Yo ayudé a construir esta catedral”
 Eutico el indeciso
 Hacia la comunidad aún por caminos absurdos
 Derramaré mi Espíritu
 Hacia la unidad con Jesús y en Jesús con los demás
 El Espíritu como amor, no como signo
 La fe, acogida del kerygma con sus cuatro “S”
 Palabra y Espíritu; puerta y llave.
 Maestro exterior y maestro interior
 En el bautismo bebemos del mismo Espíritu
 Aparecida y el empujón hacia la unidad.

EMPUJÓN HACIA EL FONDO

Las perdices y sus dos corazones
 Corazón o centro del alma o fondo del alma.
 Lugar de encuentro entre las diversas espiritualidades
 Más allá del yo funcional
 “Comprendí que ella estaba habitada”

EMPUJÓN HACIA EL LADO

Paraojos para no ver a los lados.
 Epulón y Lázaro, historia de paraojos.
 El cáncer de la exclusión
 La solidaridad del Espíritu en Nazaret.
 No ver la acción de Dios al lado
 Concha o canal
 Sin solidaridad, se cojea.

EMPUJÓN HACIA ATRÁS

“¡Muévanse hacia atrás!”
 Nuestra identidad arranca desde los apóstoles.
 La Iglesia viene de atrás
 El gran peligro de perder la fe
 Paráclito, abogado o defensor.
 Don de fortaleza para no ser tortugas
 Don de sabiduría para no ser tiburones
 El abogado de Pedro para decir la verdad.
 Los libros de otras épocas, oleada de aire puro.

EMPUJÓN HACIA DELANTE

“Mire hacia delante o se cae”
 Josefina de Sudán, esperanza en el sufrimiento.
 Cardenal Van Thuan, fuerza en la esperanza.
 Pablo Le-Bao-Thin: la fuerza de la esperanza

El Espíritu empuja hacia delante

EMPUJÓN HACIA ABAJO

“Vivir, ¿te parece poco?
Francisco miraba hacia abajo empujado por el Espíritu
Ética agresiva
Dignidad de la creación
Una parte de la misionología.

EMPUJÓN HACIA ARRIBA

Empujón transversal
Un compañero de verdad empuja hacia arriba
Deseo de santidad
El hombre viejo y el hombre nuevo
Criaturas del Espíritu
La belleza del cristiano, plenitud de forma.
Orígenes y Leónidas
“Termíneme, para que no se rían, ni de mí ni de ti”
“Es don Armando y vive en mi barrio.”
La epiclesis es doble: transforma el pan y también al cristiano.
No tengamos miedo.

BIBLIOGRAFÍA

- Dreyer, Elizabeth, *Hoy Power, Holy Presence*, Paulist Press, New York, 2007
- Apostoli, Andrew, *The advocate, the Spirit of Truth in the life of individual Christian*, Alba House, New York, 1999.
- Hinze y Dabene (Ed), *Advents of the Spirit*, Marquette University press, 2001
- Hinze, Bradford (Editor) *The Spirit in the Church and the World*, Orbis Books, Maryknoll, New York.
- Congar, Yves, *Sobre el Espíritu Santo*, Ed. Sígueme, Salamanca, 2003
- Madonia, Nicoló, *Cristo sempre vivo nello Spirito*, Ed. Dehoniane Bologna, 2005
- Goergen, Donald, *Fire of love*, Paulist Press, New Cork, 2006
- McDonnell, Kilian, *The Other Hand of God*, Liturgical press, Minnesota, 2003
- Autori Vari, *Riempiti di Spirito Santo si misero a parlare in alter lingue*, Ed. Dehoniane, 1995
- Autori Vari, *Manderó ul moi Spirito su tutti*, Ed. Dehoniane, 1994
- Donders, Joseph, *Charged with the Spirit*, Orbis Books, New York, 1993
- Congar, Yves, *El Espíritu Santo*, Ed. Herder, Barcelona 1983
- Timiadis Emilianos, *La penumatologia Ortodoxa*, Desclee de Brouwer, Bilbao 1978
- Manzini, Giuseppe, *Lo Spirito e i suoi doni*, Ed. Dehoniane, Roma, 1995
- Juan Pablo II, *Creo en el Espíritu Santo*, Ed. Palabra, Madrid, 1996
- Mauro Todde (Ed), *Lo Spirito Fantasia di Dios, nel pensiero dei Padri della Chiesa*, Ed. Paoline, Milano, 1998
- Pozo, Mateo, *El Espíritu Santo, alma de la misión*, Lima, 1987
- Juan Pablo II, *Carta Encíclica Redemptoris Missio*, Librería editrice vaticana,
- Quinta Conferencia General del Episcopado latinoamericano y del Caribe Documento de Aparecida, 2007
- Benedicto XVI, *Carta Encíclica “Deus Caritas Est”*, Librería Editrice Vaticana, 2006.
- Benedicto XVI, *Carta Encíclica “In Spe Salvi”*, Librería Editrice Vaticana, 2008